



## DESTINOS IMPOSIBLES

*Leer, escuchar, hablar y escribir eran los cuatro puntos fuertes de Samuel, que, sin saberlo, era uno de los mejores lingüistas de su época.*

*Por esos días, Samuel se sentía atraído por una joven muchacha de belleza endiablada. Ésta era despistada, pero muy inteligente.*

*Una mañana, mientras la joven iba en busca de agua al pozo con el cántaro en la cadera, se encontró a Samuel, que estaba tumbado dejando pasar el tiempo. Éste la vio y pensó que ésa sería su oportunidad, y con voz suave y dulce, le dijo lo bella que era y la muerte que le causaría no estar con ella. Ella, sonriendo y burlona, le dijo que por qué querría tener a un holgazán como esposo, y diciendo esto siguió su camino.*

*Samuel, con la mirada perdida en el horizonte, donde ella había desaparecido, se puso a llorar.*

*Al día siguiente, Samuel se levantó temprano. Fue al gallinero, cambió la paja y dio de comer a las gallinas, vacas y yeguas. Más tarde, cogió los cántaros ya vacíos y se dirigió al pozo. Pasando por la calle principal, vio que no había un alma y decidió ir tranquilo, mirando ese paisaje donde de pequeño había jugado y reído tanto.*

*Al llegar a su casa, dejó los cántaros y se sentó en la silla donde su madre cosía. Empezó a pensar qué*

podía hacer de provecho, pues las palabras de su amada le habían hecho entrar en razón.

Tras estar un buen rato, decidió que quería estudiar e ir a la universidad. Dicho esto, pensó en contárselo a su madre, pero recordó que era muy pronto.

Sin querer despertarla, hizo su maleta en silencio y dejando una nota, se marchó a la ciudad en busca de aventuras.

Cinco años después, mientras María del Rosario estaba regando las plantas, vio cómo se acercaba un gran coche levantando humareda. Se paró; de él salió un joven de unos 20 años, de pelo castaño y agraciado.

María salió enfadada de la terraza y recriminó al joven que hubiera puesto polvo en sus queridas plantas. El muchacho, con cara radiante y una sonrisa de oreja a oreja, la dijo si no le reconocía. La mujer con cara asombrada le miró mejor, y vio en él al niño al que tanto había amado. Sin más premura fue corriendo y lo abrazó fuertemente.

Samuel y su madre se sentaron en la terraza y hablaron durante toda la tarde, contándose todo lo que les había ocurrido.

Samuel, cansado por el viaje, se fue a la cama temprano, pero antes de irse a dormir, recordó las oraciones que solía hacer con su madre y acercándose a la ventana se arrodilló, y mirando a la luna, empezó su plegaria. Cuando terminó, se levantó y cuando se iba a volver para irse a la cama, vio algo que le llamó la atención. Observando

fijamente vio que una mujer estaba hablando con su madre. Ésta le sonaba, pero no acababa de ubicarla. Pensando en ella se metió en la cama y se durmió.

A la mañana siguiente, Samuel preguntó a su madre por la joven de la otra noche, y su madre sonriendo, le dijo sí no se acordaba de ella. Samuel desconcertado la dijo que no y su madre le contó sobre ésta.

Por la tarde fue a buscarla, pues seguía sin saber quién era, pero se había quedado embargado de su belleza y le había asaltado ese sentimiento que sus compañeros de universidad hablaban tanto; el amor

Llegó a su casa y llamando a la puerta, miró en dirección a la ventana. Por ella, se asomó la mujer del otro día y preguntó quién era. Samuel le dijo su nombre y le dijo que era de la casa más apartada del pueblo. Le contó que había venido hacia poco y que el otro día la había visto. La muchacha se le quedó mirando y de repente le vino todo a la memoria. Pero cuando iba a responderle con una sonrisa, salió su marido por la puerta. Samuel al verle, retrocedió dos pasos, pues aquel joven con enormes hombros y fuerte constitución era Ramón, el niño más gamberro del pueblo, con quien siempre se peleaba. Éste, con cara de pocos amigos, le preguntó qué quería, a lo que Samuel contestó que hablar con Clara. El muchacho sin más miramientos le dio un portazo y desapareció. Cuando miró a la ventana, vio que Clara también se había ido.

De camino a casa, vio a muchos de sus amigos detrás de los puestos en los que anteriormente habían trabajado sus padres. Su madre también le contó que

muchos se habían ido a la ciudad por temas económicos. Él decidió que quería ser empresario y, después de muchas vueltas, decidió que llevaría a cabo este sueño en el pueblo, un lugar tranquilo, limpio y con falta de trabajo.

Al llegar a casa, Samuel le preguntó a su madre por qué vivían juntos Clara y Ramón. Su madre, con cara apenada, le contó que las dos familias se habían unido por temas gananciales, pero que allí Clara estaba perdiendo toda su alegría, sabiduría y juventud. Samuel, que se había enamorado de la joven, con gran alegría supo que ella no le amaba, pero también se prometió que él sí que la enamoraría. A la hora de comer, Samuel pudo disfrutar de nuevo de la comida casera tan rica que preparaba su madre y, mientras tanto, le habló de su deseo de abrir una empresa. Su madre, con cara de alegría, le dijo que podría ser de ropa, pues allí siempre se llevaba lo mismo; además, le dijo que ella querría ser la secretaria. Su hijo, sonriente, la imaginó y dio una profunda carcajada.

Durante aquellos días, Samu fue llevando a cabo ese deseo que tenía y, poco a poco, con el dinero que había reunido todos los veranos trabajando con esfuerzo, consiguió su propia tienda de ropa. Desde el principio tuvo mucho éxito, pues había bastantes vecinos y además su madre era buena chismorreando, yendo de un lado para otro contando las últimas noticias.

Samuel, a pesar de que estaba alegre tras este último triunfo, seguía mirando el cómo ayudar a Clara, a la que cada día veía más triste. Además, siempre que la veía, ella echaba a correr y huía.

Una mañana, mientras Samu daba su habitual paseo temprano, oyó unos gritos muy fuertes provenientes de la casa de Clara. Samuel, como alma que lleva al diablo, fue a ver qué pasaba. Al llegar, vio un cuchillo clavado en el pecho de Clara, y como poco a poco ésta se iba desangrando. Samuel, histérico, fue a buscar a Ramón y pillándole desprevenido, cogió una tablilla y se la encajó en el cráneo. Seguidamente, cogió un trapo y volvió con su amada. Ella, perdiendo el brillo en los ojos, le captó la atención. Con las pocas fuerzas que le quedaban, dijo sus últimas palabras, que se guardarían a fuego y para siempre en el corazón de aquel muchacho valiente y atractivo. "Siento mucho las palabras que te dije, pero quiero que sepas que te quie..."

Samuel se quedó callado y, sin poder contenerlo, dejó caer una gota tras otra. Una mano de hierro había aprisionado su invencible corazón.

Pablo Ibáñez González. 2ºB